

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ
Instituto Mora

16 **Hija de un presidente mexicano**
y rica viuda porfiriana

Felicitas Juárez Maza de Sánchez Ramos fue hija de familia, luego esposa de un gran empresario y más tarde una de las viudas más acaudaladas de México. Su presencia y redes familiares fueron fundamentales en el mundo de los negocios durante el porfiriato.

“Feli”, llamada así en confianza, nació en 1847, en la cabecera de Oaxaca donde fue bautizada en la parroquia del Sagrario Metropolitano. Adquirió prestigio inicialmente de sus padres –también oaxaqueños–, dos figuras destacadas de la historia nacional: Margarita Eustaquia Maza Parada de Juárez, mestiza de ascendencia italiana, de distinguida posición social e instruida, y Pablo Benito Juárez García, 20 años mayor que su esposa, de origen indígena zapoteco, humilde, quien tuvo abrigo y trabajo en casa de la familia Maza, y estudió la carrera de abogado. Ambos se casaron en 1843; engendraron a doce hijos, a los que bautizaron y, a los que sobrevivieron, dieron educación e inculcaron valores: Manuela, “Nela”; Felicitas, “Feli”; Margarita, “Márgara”; Soledad, “Chole”; Benito, “Benito”; las gemelas María de Jesús “Chucha” y María Josefa. Los cinco que murieron pequeños fueron: José María, “Pepe o El Negrito”; Antonio, “Antoñito”; María Guadalupe, Amada y Francisca. Por el lado paterno se sumaba un par de vástagos: Susana y Tereso.

Felicitas convivió al inicio con sus padres, sus hermanas mayores y con “Benito”, así como con otros parientes y amigos, pero no en un mismo lugar, pues habitó en diversos sitios muy lejos de Oaxaca. En esta ciudad, pasó parte de su infancia respirando el aire político que había en el hogar, y aunque no se acostumbraba que los niños se metieran en las charlas de la gente mayor, cuántas veces habrá escuchado y no comprendido lo que apremiaba a la patria conforme ella crecía y don Benito se encumbraba como el paladín del liberalismo, el hombre más importante de la nación. Fue testigo de cómo sus padres resistirían a la enorme pena de perder a varios de sus hermanitos; de cómo la familia, sus allegados, amistades y muchas personas aguantaron o no la incertidumbre política de México, cuando la república pendía de un hilo por conflictos bélicos en el interior y con el exterior, al tiempo que vivía insegura debido al bandolerismo, las rebeliones campesinas, la inestabilidad económica y los males de la salud.

17



i
Boda de Felicitas Juárez Maza
y Delfín Sánchez Ramos, 1868.
Archivo María Eugenia Klerian.

En su primer sexenio de vida, Feli se separó de su progenitor, quien, desterrado, partió de Veracruz a La Habana y de ahí hacia Nueva Orleans. Tanto ella como sus hermanos se fueron a la sierra con doña Margarita, quien, apoyada por unos amigos, estableció un tendajón en Etla, y así pudo sostenerlos. De regreso a su ciudad natal, en el año 55, volvió a ver a don Benito, aunque él salió del estado un bienio después, y para 1858, siendo presidente de la república e iniciada la guerra de Reforma, se trasladó con el gobierno a Guanajuato, Guadalajara y Veracruz. Doña Margarita decidió reunírsele y atravesó la Sierra Madre de Oaxaca con su prole, según dice María Elena Martínez Tamayo: “en un viaje lleno de incomodidades y peligros, sin escolta y sólo con dos arrieros [...] viajó a Ixtlán, de ahí a Talea, Valle Nacional, Tuxtepec y, finalmente, Veracruz”.

Al terminar aquel conflicto bélico, Felicitas, entrando a la adolescencia, habitó con los suyos poco más de dos años en Palacio Nacional, pero ninguno lo vivió en paz. Luego de ser ocupada la capital por los intervencionistas, en 1863, la familia se trasladó al norte del país. Sin embargo, un intento de plagio determinó que, al año siguiente, junto con su madre, sus hermanos, entre ellos Antonio y su sobrinita María, recién nacidos a mediados de 1864, se fueran a Estados Unidos bajo el cuidado de su cuñado, el liberal cubano Pedro Santacilia, “Santa”, casado con Manuela. De nuevo, Felicitas se alejaba del padre. Entre los 17 y 20 años vivió la mayor parte del tiempo en Nueva York y otro momento en Nueva Rochelle. Con base en la correspondencia que don Benito sostuvo con Feli, Nela, Beno, Santa, Matías Romero, doña Margarita, y otros amigos, conocemos anécdotas familiares curiosas; asimismo, de cuán agotada emocionalmente se hallaba la señora Juárez. Luego de perder a María Guadalupe, Amada y Francisca en México, la familia sufrió otra honda pena: Pepe murió a inicios de noviembre de 1864 y Antoñito en agosto de 1865, en Nueva York, quienes fueron embalsamados para ser sepultados al regresar a territorio mexicano, dos años después, en el panteón de San Fernando.

Nuestra protagonista había crecido y continuado entonces su educación en el país vecino del norte; aprendió inglés y piano. Una vez escribió a su papá, felicitándolo por su “santo” y de “cuelga”, le envió un cajoncito, en otra ocasión, un retrato. Entre las notas de don Benito a Santa estaban: que sus hijos se instruyeran lejos de “sectas”; que se sentía muy contento al saber que las muchachas y



ii
Margarita Maza de Juárez y sus hijas, ca. 1865. Colección Recinto Homenaje a Don Benito Juárez, SHCP.

“Beno” habían adelantado en sus estudios y porque llevaban a Margarita, “la vieja”, a la ópera para que se distrajera y no estuviese “clavando el pico”, y le alegraba que las jovencitas bailaran, lo que les haría “más provecho que rezar y darse golpes de pecho”. Aconsejó, cuando iban a regresar, que “todas traigan su velo verde para que no las mortifiquen los rayos del sol”. Estas noticias, que rescató Jorge L. Tamayo, permiten conocer que no siempre llegaba a tiempo el dinero a la familia, y también cuando partieron con sus “criados” a bordo del *Wilderness*, desde Nueva Orleans hasta nuestro país, entre junio y julio de 1867.

De vuelta en la capital, Feli se movió dentro de un círculo integrado por lo más granado de la sociedad; convivía bastante con Nela, Márgara, Chole, y a veces con otras mujeres de la elite, en paseos, tertulias, eventos públicos y en sus residencias para compartir la mesa, tomar el té, dar el pésame. Y es probable que haya visto por

Pasó parte de su infancia en Oaxaca, respirando el aire político que había en el hogar.

primera vez al hombre de su vida, el salmantino Delfín Sánchez Ramos, gracias a don Benito y Santa. Delfín había llegado de La Habana, Cuba, a Veracruz, en 1864, y, poco a poco, se relacionó con paisanos suyos como Pío Bermejillo y Vicente de la Fuente; se hizo de contactos y amigos mexicanos, entre ellos destacados políticos liberales, lo cual sería su primera llave para abrirse la puerta del éxito como negociante. Además de tener la vena empresarial, así como una inquietud continua y tenaz, en la trayectoria de Sánchez hubo otro factor de gran peso: la red familiar.

En 1868, él tenía una casa de comercio en la capital del país y solicitó entonces una carta de naturalización mexicana en septiembre; la Secretaría de Relaciones Exteriores le concedió su petición, certificando que “el súbdito español D. Delfín Sánchez ha observado en la República una conducta buena e intachable: que siempre ha tenido modo honesto de subsistir, y que en la actualidad se halla enlazado con señora mexicana, y a pedimento del interesado le expido el presente en México [...]”. Esta cita revela que, en septiembre de 1868 ya estaban casados.

Ella nunca perdió la fama de su apellido, antes bien reafirmó su posición social y seguridad económica al enlazarse con el rico comerciante. A partir de la mayoría de edad, se desempeñó como una buena esposa, quien en sus casas ubicadas en la calle de Moneda número 1, luego San Agustín número 14 y Reforma número 283, recibió a la familia, los amigos más cercanos, y otros allegados, así como a sus conocidos. Durante la etapa inicial del matrimonio, Sánchez era un negociante en ciernes que se abrió camino, con el apoyo de Feli, pues adquirió préstamos, acciones, bienes inmuebles, etc., compareciendo varias

veces ante notarios, con permiso de su marido según la usanza. En 1869, él poseía una carrocería con José Maza y José Vidal Maza, y se asoció con el último bajo la razón “Delfín Sánchez y Cía.”. Gradualmente fue haciéndose de un capital social que le facilitó entrar de lleno al grupo de políticos, constituido entre otros por Porfirio Díaz, a quien ya trataba como amigo, y al relacionarse con hacendados españoles, criollos y mexicanos, miembros de la oligarquía azucarera del naciente estado de Morelos.

La muerte de doña Margarita, en enero de 1871, y de don Benito, en julio de 1872, fueron muy dolorosos para nuestra protagonista. Como ninguno dejó testamento, en 1873 se llevó a cabo el juicio de intestado; Feli estaba en Nueva York, por lo que Delfín la representó ante notario. Aunque no se especificó lo que a ella le tocó, años después Sánchez dejó escrito en su testamento que fueron 23 567.86 pesos 1/4 y 1 500 pesos anuales que recibía por parte de la Tesorería de la Nación, además aclaró que al casarse él poseía 15 000 pesos.

La figura social de Felicitas continuó siendo notable: por ser una de las hijas de Juárez y porque destacaba como la mujer de don Delfín, quien en la época porfiriana formaba parte de un clan poderoso, de la gente rica, era ya un empresario famoso, socio de la Compañía de la Zarzuela, así como del Casino Español e importante promotor y concesionario de ferrocarriles, principalmente el de Morelos, el Interoceánico y el Nacional de Tehuantepec. En sus años cuarenta, Feli transcurría con plácido ritmo en la que parecía una era de paz, orden y progreso; como ama de casa y madre, dando instrucciones al personal doméstico, acompañando al esposo si él lo requería, y



iii
Margarita Maza de Juárez con sus hijas Manuela, Felicitas y María de Jesús, ca. 1865. Colección Recinto Homenaje a Don Benito Juárez, SHCP.

Nunca perdió la fama de su apellido, antes bien reafirmó su posición social y seguridad económica al enlazarse con el rico comerciante.

educando a sus hijas Carmen e Isabel, no dejándolas “en manos de los criados”.

Fuera de su hogar, se desenvolvió como las otras damas: vestida con elegancia para ir a reuniones sociales, al teatro y la ópera, donde solía encontrarse con sus hermanas Manuela de Santacilia, Margarita de Contreras Elizalde, Soledad de Luchichi, las gemelas Josefa de Dublán Maza y María de Jesús de Sánchez Ramos –casada con José, hermano de Delfín–; acaso con su cuñada María Klerian de Juárez Maza, y con otras mujeres de la elite, las señoras de Díaz Mori, de Gómez de la Cortina, de Iglesias, de Escandón, de De la Torre, etc., y con algunas señoritas de alta alcurnia, probablemente amigas de Carmen e Isabel. En septiembre de 1889, la familia Sánchez Juárez dio un baile en su residencia y no faltaron comentarios positivos sobre cómo se adornó la casa. Una nota del *México Gráfico* recreó con ironía el escenario y a los presentes:

Al pie de la escalera de mármol, dos enormes broncees repartían mil rayos de luz. El señor Delfín Sánchez hacía los honores a sus invitados; todo esto entre [...] plantas tropicales, murmullo de agua, vuelo de pájaros [...]. Comenzó la danza y todos [...] se sintieron transportados a las Tullerías [...]. Toda la elegancia de la corte de los Capeto se palpaba en el salón.

Las hijas de Feli se casaron con sujetos de renombre. Carmen, entre 1891 y 1892, con el comerciante Javier Algara, e Isabel con el abogado y negociante Ramón Corona, hijo, en 1898. En ese último año, además de la boda, hubo otro acontecimiento importante en la vida de la familia: el 27 de agosto murió Delfín. Pocos días antes se había accidentado con sus amigos Porfirio Díaz, hijo, y Nacho de la Torre y Mier cuando paseaban cerca de una

hacienda, propiedad de este último; el carruaje donde iban se volcó, Sánchez se dañó las costillas y con ello agravó un problema cardíaco que padecía desde joven.

En septiembre de 1898, nuestra protagonista escuchó el testamento de su marido en el que la instituyó como albacea y heredera única; poco después, otorgó poder a sus yernos, quienes realizaron operaciones notariales que aumentaron la fortuna de Felicitas, siendo muy importante la aplicación de bienes registrados en la “Testamentaría de Delfín Sánchez”, por la que aquella adquirió, entre otros, las haciendas morelenses de San Vicente, Chiconcuac, San Gaspar y Dolores. Pasó entonces a ser una de las viudas más ricas del país. Los años que le restaban de vida los compartió con amigos y familiares cercanos, en particular con sus nietos e hijas; los Algara Sánchez Juárez habitaban con ella.

Felicitas murió de un mal cardíaco a los 58 años tras regresar de un paseo con su hija Carmen el día 23 de febrero de 1905, en su residencia de Reforma, y como lo decidió, fue inhumada en el panteón español junto a su esposo. Dejó por escrito de su puño y letra cuál era su última voluntad. En la semana inicial de marzo de ese año, se abrió el testamento y se supo que el capital en su haber provenía de dos herencias: la de su “ilustre padre” y la de su “inolvidable esposo”, aunque, como ya dije, la fortuna se había incrementado. Entre otras líneas, se escuchó:

Al ocuparme de las familias de mis hermanas Margarita y Josefa no he hecho mención de sus hijos hombres [...], los he excluido [...], no por falta de afecto sino para que las señoritas que son las que más desamparo puedan tener, tengan un poco más de ayuda por mi parte, ya que los hombres con su trabajo personal tienen seguro siempre el porvenir.



iv
José Escudero y Espronceda,
Benito Juárez y Margarita Maza, óleo sobre tela, 1890,
Museo Nacional de Historia.
Secretaría de Cultura-INAH-MÉX.
Reproducción autorizada por el
INAH.

Las sobrinas a las que heredó una fuerte cantidad de dinero eran: Aurelia Contreras Juárez y Manuela Mendiola y Juárez, por parte de su hermana Margarita, quien se había casado con Pedro Contreras Elizalde y después con Manuel Mendiola. Y Josefina, María, Juana, Margarita e Isabel Dublán y Juárez, hijas de su hermana Josefa, cuyo esposo y primo era Eduardo Dublán Maza. También dejó algo de efectivo a su ahijada Margarita; Josefina, el ama de llaves; Magdaleno, el mozo de comedor; Camilo, un antiguo criado de su padre, y Pascual, el jardinero; asimismo a Petra, Soledad y Francisca, si aún seguían siendo nanas de sus nietos, e hizo una deferencia a Ramona, nana de su nieta Carmelita, por haberle prestado “empeño y cuidados en mis enfermedades”. Las albaceas y mayormente beneficiadas fueron sus hijas Carmen e Isabel al

legarles una cuantiosa fortuna por montos iguales; a ellas pedía que procurasen la unión familiar y que “el día del santo” de sus nietecitos les dieran “cuelgas” a nombre de los abuelos Feli y Delfín.

Doña Felicitas Juárez Maza viuda de Sánchez Ramos había compartido la mayor parte de su espacio y tiempo con la gente que quería. Entre los suyos se le guardó siempre respeto, así como un gran cariño. Pese al abo- lengo, a la posición que guardaba en la sociedad porfiriana y a que destacó como una de las viudas más acaudaladas en el círculo social al que pertenecía, era considerada con alta estima debido a su generosidad, sobre todo por las obras de caridad que realizó a favor de varios asilos. Cuando *El Imparcial* dio la noticia del deceso, señaló que el rasgo que prevalecía en ella era la modestia.



Murió de un mal cardiaco a los 58 años tras regresar de un paseo el día 23 de febrero de 1905.

v
Hugo Breheme, *El Paseo de la Reforma*, ca. 1906.
DeGolyer Library, Southern
Methodist University. Flickr
commons.

PARA SABER MÁS

ACEVEDO, MARÍA ESTHER, *Por ser hijo del Benemérito. Una historia fragmentada, Benito Juárez Maza, 1852-1912*, México, INAH, 2011.

ARIAS GÓMEZ, MARÍA EUGENIA, “De la cuna liberal a la oligarquía porfiriana: Felicitas Juárez Maza de Sánchez”, *La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*, 2000, en <https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/715>.

MARTÍNEZ TAMAYO, MARÍA ELENA, “Margarita Maza de Juárez” en Jorge L. Tamayo (comp.), *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, México, Libros de México, 1975, t. 15, pp. 1016-1018.

MENDIETA ALATORRE, ÁNGELES, *Margarita Maza de Juárez. Epistolario, antología, iconografía y efemérides*, México, Consejo Nacional para la Conmemoración del Centenario del Fallecimiento de don Benito Juárez, 1972.